

## El eremita

---

Habíamos ido á ver con unos amigos la vetusta ermita edificada sobre un antiguo túmulo cubierto de grandes árboles, en medio de la vasta llanura que se extiende desde Cannes á Napoule.

Al volver hablábamos de aquellos extraños solitarios laicos, numerosos antes y cuya raza va desapareciendo. Buscábamos las causas morales de este hecho y nos esforzábamos por determinar la clase de penas que llevaban antaño al hombre á buscar la soledad.

Uno de nuestros compañeros dijo de pronto:

“—He conocido dos solitarios: un hombre y una mujer. La mujer debe estar aun viva y hace cinco años habitaba unas ruinas en la cima de un monte, completamente desierto, de la costa de Córcega, á quince ó veinte kilómetros de toda mansión. Vivía con una criada, y yo que fui á visitarla puedo decir

*Señorita Pella—2*

que indudablemente había sido una mujer elegante y distinguida. Recibíome con cortesía y hasta con amabilidad, pero no supe nada de su vida anterior, ni pude adivinar cosa alguna.

„Respecto al hombre, voy á contaros una siniestra aventura:

„Volveos. ¿Veis allá lejos aquel monte puntiagudo y frondoso que se destaca detrás de Napoule, completamente solo delante de las cimas del Esterel? Pues es el que llaman en el país el monte de las Serpientes, y allí vivía mi solitario hace unos doce años, dentro del recinto de un pequeño templo antiguo.

„Habiendo oído hablar de él, me decidí á conocerle, y una mañana de Marzo salí de Cannes á caballo. Después de dejar mi cabalgadura en la posada de Napoule, emprendí la subida á pie por aquel extraño cono que tal vez tiene ciento cincuenta ó doscientos metros de altura y que está cubierto de plantas aromáticas, sobre todo de cistes, cuyo olor es tan vivo y penetrante que trastorna y causa mareos. El suelo es pedregoso y se ve á veces que se deslizan bajo los guijarros grandes culebras, que desaparecen entre la hierba. De aquí su muy merecido nombre de Monte de las Serpientes. Algunos días, los reptiles parece que nacen bajo los pies cuando se sube la pendiente al apuntar el sol, y son tan numerosos, que ya no se atreve uno á andar y se siente un malestar extraño, no miedo, porque aquellos animales son inofensivos, sino una especie de espanto místico. He experimentado mucho, va-

rias veces, la singular sensación de subir á un monte sagrado de la antigüedad, á una caprichosa colina perfumada y misteriosa, cubierta de cistes, poblada de serpientes y coronada por un templo.

Este templo existe aun, al menos á mí me aseguraron que aquello fué un templo, y yo no quise hacer más indagaciones para no quitar encanto á mis emociones.

Subía yo, pues, al monte una mañana de Marzo so pretexto de admirar el paisaje al llegar á la cumbre, ví, en efecto, unos muros y á un hombre sentado en una piedra. No tenía éste más de cuarenta y cinco años y aunque sus cabellos fuesen completamente blancos, su barba era casi toda negra. Acariaba á un gato acostado en sus rodillas y parecía no haber notado mi presencia. Dí una vuelta á las ruinas, cubiertas en parte por una techumbre de ramas, paja, hierbas y guijarros para servir de habitación á aquel hombre. Me aproximé á él.

Desde aquel sitio, el paisaje era admirable. A la derecha el Esterel, de puntiagudas cimas cortadas á pico, y después la inmensidad del mar extendiéndose hasta las lejanas costas de Italia con sus numerosos cabos y enfrente de Cannes, las islas de Lerins, verdes y llanas que parecen flotar, y la última de las cuales ofrece la vista de un alto y viejo castillo fuerte de almenadas torres construido sobre las propias olas.

Dominando la verde costa, semejantes á innumerables huevos puestos á orillas del mar, se percibe el largo rosario de blancas casitas de campo en me-

dio de los arbolados, y por encima se elevan los Alpes, cuyas cimas están todavía aun cubiertas de nieve.

Yo murmuré:

—¡Dios mío! ¡qué hermoso es esto!

El hombre levantó la cabeza y me dijo:

—Sí, pero monótono cuando se contempla todos los días.

Desde el momento en que el solitario hablaba y se aburría ya le consideré mío.

No me quedaba más que aquel día, y me esforcé únicamente por adivinar el color de su misantropía. Me hizo al principio el efecto de un sér cansado de los demás, aburrido de todo, irremediabilmente desilusionado y disgustado de sí mismo y del prójimo.

Después de media hora de conversación me separé de él; pero volví ocho días más tarde, otra vez á la semana siguiente, y después todas las semanas, tanto que al cabo de dos meses éramos amigos.

Ahora bien, una tarde de los últimos días del mes de Mayo, juzgué llegado el momento oportuno y llevé provisiones para comer con él en el Monte de las Serpientes.

Era una de esas tardes de los países meridionales tan perfumadas en aquellas tierras donde se cultivan las flores, como el trigo en el Norte, y donde se fabrican casi todas las esencias que aromatizan las carnes y las ropas de las mujeres, una de esas tardes en que las emanaciones de los innumerables naranjos que pueblan los jardines y los valles conmue-

ven y adormecen el alma hasta el punto de hacer soñar en el amor á los ancianos.

El solitario me acogió con visible gozo y consintió gustoso en participar de mi comida.

Le hice beber un poco de vino, costumbre esta que había perdido ya, y entonces se animó y empezó á hablar de su vida pasada. Parecía que siempre había vivido en París y que había hecho vida de soltero alegre.

De pronto le pregunté:

—¿Qué extraña idea le ha movido á usted á venir á vivir en esta cima?

—¡Ah! — me respondió en seguida — yo he recibido el golpe más rudo que puede recibir hombre en la tierra. Pero ¿por qué ocultarle á usted mi desgracia? Tal vez haga que se compadezca de mí... y por otra parte... no se lo he dicho nunca á nadie... nunca... y quisiera saber lo que de ella piensa otro... y como la juzga.

Nacido en París y en París educado, crecí y viví siempre en esta capital. Mis padres me dejaron algunos miles de francos de renta y mediante recomendaciones, obtuve un empleo modesto y tranquilo que me permitía vivir como un muchacho rico.

Desde mi adolescencia hice verdadera vida de soltero. Ya sabe usted lo que esto significa. Libre y sin familia, resuelto á no tomar nunca mujer legítima, pasaba tres meses con una, seis con otra, y á veces un año entero sin compañera; revoloteando entre el enjambre de muchachas que se entregan ó se venden.

Este género de vida ordinaria y trivial, si usted quiere, me convenía y satisfacía mis gustos naturales de mudanza y de curiosidad estúpida. Vivía en el bulevar, en los teatros y en los cafés, siempre fuera de casa y casi sin domicilio, aunque tenía una habitación convenientemente dispuesta.

Era uno de esos miles de seres que flotan como corchos en la vida, para quienes el recinto de París es todo el mundo y que no se preocupan por nada, ni por nada sienten pasión. En fin, creo juzgarme con exactitud diciéndole que era lo que se llama un buen muchacho, sin virtudes y sin defectos.

De los veinte años á los cuarenta, mi vida transcurrió infecunda y rápida, sin ningún acontecimiento notable. ¡Con cuánta rapidez pasan los años monótonos de París donde no impresiona el alma ninguno de esos recuerdos que forman época, esos años largos y efímeros á la vez, banales y alegres en que se come, se bebe y se ríe sin saber por qué, y en que los labios están siempre dispuestos á gustar el placer sin apetecer nada en realidad! Entonces es uno joven y se hace viejo sin haber hecho nada de lo que hacen los demás, sin ningún afecto, sin ningún vínculo, casi sin amigos, sin padres, sin mujeres, sin hijos.

Llegué yo, pues, suave y rápidamente á mis cuarenta años y para celebrar este aniversario me prometí á mí mismo una gran comida en un buen café. Yo era un solitario en medio del mundo y hallaba agradable celebrar esta fecha en soledad.

Después de comer, dudé acerca de lo que haría,

Sentí deseos de entrar en un teatro y por fin se me ocurrió la idea de hacer una peregrinación al barrio Latino, donde había estudiado antaño la carrera de Derecho. Atravesé, pues, París y entré sin premeditación en una de esas cervecerías en que sirven camareras.

La que servía en mi mesa era jovencita, bonita y risueña. La invité y ella aceptó en seguida, sentándose enfrente de mí y mirándome con su ojo experto, sin saber con qué clase de hombre se las había. Era rubia, fresca, una de esas criaturas cuyas rosadas y rotundas carnes se adivinan bajo sus sencillas ropas. La dije esas mil cosas galantes y necias que se les dicen siempre á tal clase de mujeres, y como era verdaderamente encantadora, se me ocurrió de pronto la idea de llevármela... por supuesto, para celebrar mi aniversario. La cosa no fué tarea larga ni difícil, ella era libre... hacía quince días... según me dijo, y aceptó desde luego mi invitación de cenar en los Halles tan pronto como acabase su trabajo.

Como temía que no cumpliera su palabra—que nunca se sabe lo que puede ocurrir, ni quien puede entrar en esas cervecerías, ni el viento que sopla en una cabeza de mujer,—permanecí allí toda la tarde esperándola.

Yo también estaba libre hacía un mes ó dos, y viendo ir á aquella encantadora principiante del amor de una mesa á otra, me preguntaba si no haría bien en arreglarme con ella por algún tiempo. Lo que le voy contando á usted no es más que una de

esas aventuras cotidianas de la vida de los hombres en París.

Perdóneme usted estos groseros detalles, pero ya sabe que los que no han amado prácticamente, toman y escogen las mujeres como se escoge una chuleta en la carnicería, sin ocuparse de otra cosa que de la calidad de su carne.

Nos fuimos, pues, á su casa, porque yo, en medio de todo, nunca quise profanar la mía. Era aquella un cuartito de obrera, limpio y pobre, situado en un quinto piso, donde pasé dos horas deliciosas. Aquella muchacha tenía en realidad una gracia y un encanto extraordinarios.

Cuando me iba á marchar, me aproximé á la chimenea para colocar sobre ella el regalo reglamentario, después de haberme citado para otro día con la joven, que permanecía en el lecho, y entonces reparé vagamente en un reloj bajo un fanal, dos flores y dos fotografías, una de las cuales, muy antigua, era una de esas pruebas sobre cristal llamadas daguerreotipias. Por pura casualidad me fijé en aquel retrato, y al verlo, no fué pequeña mi sorpresa y mi admiración... Era el mío, uno de mis primeros retratos, que me había hecho antaño cuando vivía de estudiante en el barrio Latino.

Lo cogí bruscamente para examinarlo más de cerca. No me engañaba... y tan extraña é inesperada me pareció la cosa, que me dieron ganas de reír.

—¿Quién es este señor?—le pregunté á la joven.

—Es mi padre, á quien no he conocido—me respondió.—Mamá me lo dejó, encargándome mucho

que lo guardase, porque tal vez algún día podría servirme.

Diciendo esto, la joven titubeó, se echó á reír y agregó:

—No sé para qué, á decir verdad, pues no creo que venga nunca á reconocermé.

Mi corazón latía precipitadamente, con la precipitación del galope de un caballo desbocado. Dejé el retrato sobre la chimenea, puse encima, sin saber lo que hacía, dos billetes de á cien francos que llevaba en el bolsillo y me marché, exclamando:

—Hasta muy pronto... hasta muy pronto, querida mía, hasta la vista.

—Hasta el martes—oí que me decía cuando estaba en la obscura escalera, que bajé á tientas.

Una vez en la calle, noté que estaba lloviendo y eché á andar á toda prisa, internándome en una calle desconocida.

Iba cabizbajo, anonadado, confuso, procurando escudriñar mis recuerdos. ¿Era aquello posible? Si. Recordé de pronto á una joven que me había escrito que estaba encinta al mes después de nuestra ruptura, y yo había hecho pedazos y quemado aquella carta y lo había olvidado todo. Debía haber mirado la otra fotografía que había sobre la chimenea. Pero ¿la hubiera reconocido acaso? Me había parecido que aquel retrato era de una vieja.

Llegué al muelle, ví un banco y me senté en él. Estaba lloviendo. La gente pasaba de vez en cuando provista de paraguas. La vida me parecía odiosa é irritante, llena de miserias y vergüenzas, de cons-

30502

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UANL  
FONOS

cientos é inconscientes infamias. ¡Mi hija!... ¡Tal vez acababa de poseer á mi hija!... Y París, aquel gran París sombrío, melancólico, triste, negro, lleno de lodo, con todas aquellas casas cerradas, estaba lleno de cosas semejantes, de adulterios, de incestos, de jóvenes violadas. Recordé lo que se decía de ciertos lugares frecuentados por infames viciosos.

Sin saberlo, sin quererlo, yo había obrado peor que aquellos innobles seres. ¡Había entrado en el lecho de mi hija!

Estuve á punto de arrojarme al agua. ¡Estaba loco! Anduve errante hasta el amanecer, y luego me fuí á mi casa para meditar.

Entonces hice lo que me pareció más juicioso, rogué á mi notario que llamase á aquella muchacha y le preguntase en qué condiciones le había entregado su madre el retrato del que suponía ser su padre, diciéndole que un amigo me había encomendado esta misión.

El notario ejecutó mis órdenes y vino á decirme que aquella mujer había dicho mi nombre ante un sacerdote en sus últimos momentos declarando que yo era el padre de su hija.

Entonces yo, fingiendo siempre hablar en nombre de mi supuesto amigo, mandé entregar á la joven la mitad de mi fortuna, ó sea unos ciento cuarenta mil francos, de cuya renta disfruta desde entonces, y en seguida presenté la dimisión de mi empleo y me vine aquí.

Errando por estos lugares, encontré este monte y me detuve en él para permanecer aquí hasta... no

sé cuándo. ¿Qué piensa usted de mí y de lo que hice?

—Ha hecho usted lo que debía hacer—le respondí tendiéndole la mano.—Muchos otros hubiesen dado menos importancia á esa horrible fatalidad.

—Ya lo sé,—repuso el solitario,—pero yo estuve á punto de volverme loco, pues mi alma era, al parecer, sensible, sin que yo me hubiese dado nunca cuenta de ello, y ahora le tengo miedo á París, del mismo modo que los creyentes deben temer al infierno. He recibido un golpe en la cabeza, y esto es todo algo así semejante al golpe que se recibe cuando pasando por la calle una teja cae de un tejado y le hiere á uno en la cabeza. Pero de algún tiempo á esta parte, me encuentro algo más aliviado.

Oído esto, me separé del solitario, cuyo relato no dejó de impresionarme.

Le volví á ver dos veces más, y luego decidí mi marcha, pues nunca acostumbro á estar en el Mediodía después de fines de mayo.

Cuando volví al año siguiente, el hombre no estaba ya en el Monte de las Serpientes y nunca he vuelto á saber de él.

He aquí la historia de mi ermitaño.